

1916. UNA ESCUELA DE PREHISTORIA

P. BOSCH-GIMPERA

Hace cincuenta años comenzaba mi docencia en la Universidad de Barcelona. En ella me había formado, y a mis maestros don Antonio Rubió y Lluch y don Luis Segalá y Estalella debo en buena parte las bases de una preparación histórica y la orientación hacia los estudios de la Antigüedad clásica. Si los cursos de griego y de literatura griega de Segalá parecían encaminarme a ser profesor de griego y me incitaron a traducir los *Himnos homéricos* y *Baquílides*, los de Rubió y Lluch y el trato con él me hacían ver la necesidad de enmarcar el estudio de las lenguas y las literaturas con un amplio sentido histórico. Aquellos años de estudiante barcelonés dejaron también inolvidables recuerdos: ante todo, la amistad que me dispensó el gran poeta Maragall, que entonces terminaba su *Nausica* y que versificó la *Olímpica I* de Píndaro y mi traducción de los *Himnos homéricos*, lo que dio lugar a numerosas visitas mías y a largas conversaciones sobre temas humanísticos que dejaron en mí profunda huella; luego la convivencia con dos queridos amigos, luego compañeros de docencia: Joaquín Balcells, eminente latinista, y Luis Nicolau d'Olwer, helenista e historiador salido de las escuelas de Segalá y Rubió, al que debemos una traducción y estudio de Menandro e importantísimas obras históricas.

El año del doctorado en Letras en Madrid me hizo descubrir nuevos campos de estudio. Don Francisco Giner de los Ríos — a cuya cátedra asistí — aquel año trató de filosofía griega, y entonces descubrí la existencia de Wilamowitz-Moellendorf, quien más tarde había de orientar definitivamente mi vocación arqueológica. A través de él conocí a don Luis Simarro, poseedor de una gran biblioteca que pude aprovechar, de lo cual resultó mi iniciación en estudios etnológicos y mi interés por los pueblos primitivos, cosas entonces desconocidas en nuestra universidad. No quiero olvidar el trato con Menéndez y Pelayo — con el que fuimos introducidos Balcells y yo por nuestros

maestros Rubió y Segalá, y que nos invitó a su tertulia dominical, y que, lo mismo que don Francisco Giner, me animó a solicitar una pensión para Alemania — así como a don Eduardo de Hinojosa, el gran historiador del Derecho, quien influyó decisivamente para que me fuera concedida por la Junta de ampliación de estudios —; a don Elías Tormo, que en su curso de Historia del Arte nos iniciaba en la arqueología griega, y al Conde de Casasola — tertuliano de Menéndez y Pelayo —, helenista de afición, con el que sostuve largas conversaciones sobre la cuestión homérica y cuya biblioteca también pude aprovechar, lo mismo que la del Ateneo de Madrid. Mi tesis doctoral en Letras fue un estudio y la traducción de los poemas de *Baquilides*, que ha permanecido inédito.

Pensionado en Alemania, fue Wilamowitz quien me aconsejó que, sin olvidar la filología griega, me decidiese por la arqueología — que ofrecía ancho campo de investigación en España, a la que ya me sentía inclinado: en el viaje a Berlín, me había detenido en Munich, donde pasé un par de semanas en la Gliptoteca y en la colección de vasos griegos. Wilamowitz me presentó al entonces encargado de la enseñanza de arqueología clásica, Frickenhaus, gran maestro y gran amigo, que fue mi guía y con el que convivi ampliamente en el seminario de Arqueología. Ya decididamente abandoné la idea de ser profesor de griego y, habiéndose creado entre tanto la sección de Historia en Barcelona, pensé prepararme para las oposiciones a su cátedra de Historia antigua y media. Asistí a cursos de arqueología oriental con Delitsch, de Historia de la Antigüedad con Eduard Meyer, y en el segundo semestre, al de Hubert Schmidt de Prehistoria, quien decidió mi orientación definitiva a la investigación prehistórica. Fruto de este principio de estudios en Berlín fueron mi primera publicación arqueológica *La civilización crético-micénica*, publicada por la Editorial Estudio en 1920, y el artículo *Sobre l'origen de la tragèdia grega*, en los *Estudis Universitaris Catalans*.

Vuelto a Barcelona a fines del verano de 1912 — después de un largo viaje en el que visité los museos de Estocolmo y Copenhague, el Británico, el Louvre y rápidamente los de Florencia y Roma, acompañé a Hubert Schmidt, que realizaba un viaje de estudio en España — en Barcelona y en Tarragona —, y al visitar con él a Puig y Cadafalch, presidente del Institut d'Estudis Catalans, fundado pocos años antes, éste indicó la posibilidad de organizar a mi vuelta el Servicio de Investigaciones Arqueológicas, para intensificar las iniciadas con las excavaciones de Ampurias y las que se habían encomendado en cuevas y dólmenes a don Luis Mariano Vidal y a don Manuel Cazorro, con los cuales trabajaba el que luego fue mi compañero José Colominas.

El año que pasé en España hice oposiciones al Cuerpo de Archivos, Bibliotecas y Museos, perdiéndolas, completando los estudios de la sección de Historia en Madrid, doctorándome en ella con mi tesis sobre «El problema de la cerámica ibérica», presidiendo el tribunal don José Ramón Mélida y figurando en él don Antonio Vives, con los que desde entonces me unió cordial amistad. Para su preparación había estudiado el material de los museos andaluces, los yacimientos del Jalón y la colección del Marqués de Cerralbo, en Santa María de Huerta, y la colección de don Luis Siret, en Cuevas de Vera.

Renovada mi pensión, volví a Berlín, continuando el estudio de la arqueología clásica con Loeschke — el nuevo profesor recién llegado que sustituyó a Frickenhaus, el cual había obtenido la cátedra de Estrasburgo — y con Rodenwaldt, así como de la Historia antigua y hasta de la Historia medieval, en vista de las futuras oposiciones. Dedicué mi principal trabajo a la Prehistoria en el curso de Hubert Schmidt — quien me hizo admitir como asistente «Volontärisches Hilfsarbeiter» en el Museo Prehistórico — y en el curso y en el seminario de Kossinna de la Universidad. A ambos debo mi formación definitiva.

En Prehistoria, Hubert Schmidt — que había comenzado como arqueólogo clásico y había publicado el catálogo de la colección Schliemann de antigüedades troyanas del museo de Berlín, participado en la expedición Pumpelly de Anau en el Turquestán y excavado Cucuteni en Rumanía — era maestro de gran visión general y cronológica, y su enseñanza se basaba en los materiales del museo, habiéndome hecho trabajar en él en la clasificación de la cerámica de Cucuteni e iniciado en la museología y en los trabajos del laboratorio de conservación de materiales. Kossinna, más bien arqueólogo teórico, y especialista en la Prehistoria nórdica, era también un gran profesor, y con él aprendíamos la determinación de los círculos de cultura y su significado para la reconstitución del proceso de formación de pueblos, que le había llevado a formular sus tan discutidas teorías sobre el origen de los indoeuropeos y de sus pueblos particulares. Tuve ocasión de asistir a excavaciones de necrópolis lusacianas y de visitar diversos museos de Alemania, especialmente el Central romano-germánico de Maguncia y de conocer a muchos investigadores: en Maguncia, a Schumacher, a Behn y a Behrens; en el Museo de Prehistoria de Berlín, a Schuchhardt, a Ebert, a Götze y a Von Luschan; en los museos clásico y oriental, a Zahn, a Anre, así como también al numismático Regling, a uno de cuyos cursos asistí. También, en casa de Schuchhardt, conocí a Koldewey, el excavador de Babilonia. Asistí a las sesiones de la Sociedad de Antropología, en donde por primera vez oí hablar de americanismo — a la de Prehistoria alemana —,

fundada por Kossinna después de sus disensiones con el grupo de Schuchhardt del museo — y a la de Arqueología —, en donde conocí a Bulle, a Fabricius, a Dragendorff, a Schiff, a Norden, etc. Hubert Schmidt debía hacer, en el verano de 1914, unas excavaciones en Bulgaria, en una localidad de cultura parecida a la de Cucuteni, y yo le debía acompañar; pero la guerra impidió realizar el proyecto, y después de la movilización emprendí el regreso a Barcelona.

Y fue uno de los mayores provechos de mi estancia en Alemania la visita a Adolfo Schulten, en Erlangen, con cuya amistad y con el estudio de sus obras pude iniciarme en el trabajo sobre las fuentes históricas antiguas referentes a España.

En septiembre de 1914 el Institut d'Estudis Catalans me encargó el comienzo de la investigación de los poblados ibéricos del Bajo Aragón, que había sido propuesta por Matías Pallarés, excavándose entonces la Gessera de Caseras, en la frontera catalana, y preparándose la campaña del año siguiente. El invierno lo pasé en Madrid, agregado a la Comisión de Investigaciones Paleontológicas y Prehistóricas, recién fundada, con Hernández Pacheco, Obermaier, Paul Wernert — hoy profesor de Estrasburgo —, Cabré y el Conde de la Vega del Sella, y al mismo tiempo que con el trato con Obermaier, principio de una larga amistad, completaba mi preparación paleolítica, publiqué entonces mi tesis sobre la cerámica ibérica y una traducción de la *Hispania*, de Schulten, ésta en colaboración con Miguel Artigas, que se completó con el apéndice: *La arqueología prerromana hispánica*, en que traté por primera vez de sistematizar los materiales prehistóricos de la Península, en lo que estuve trabajando aquel año, revisando la bibliografía de España y Portugal, estudiando los materiales del Museo Arqueológico, del Instituto Geológico y del Museo Antropológico de Madrid. Mucho aprendí entonces en mis visitas a don Antonio Vives y en la utilización de su biblioteca personal. Al mismo tiempo se celebraron las oposiciones a la cátedra de Barcelona, que en aquel momento no logré obtener, quedando desiertas, para ganarlas al año siguiente (1916). Entre tanto se había organizado ya el Servicio de Excavaciones (1915-16), iniciándose sus trabajos con la de los sepulcros megalíticos de la comarca de Solsona en colaboración con Mosén Serra y Vilaró y con las de los poblados del Urgel, especialmente el de Sidamunt, por Colominas y Durán y Sanpere, y del de San Antonio de Calaceite por mí, que se completó el mismo año de 1915 con la exploración de sepulcros ibéricos y del poblado de Vilallonc de Calaceite, por Colominas y Durán, así como se inició la excavación de los poblados de Mazaleón, que se encomendó a don Lorenzo Pérez, secretario del Ayuntamiento del pueblo y que había formado parte de un grupo de eruditos de aquella región que mucho nos ayudaron y entre los que hay que mencionar

especialmente a don Santiago Vidiella y a don Julián Ejerique, éste entonces alcalde de Calaceite. También entonces comenzó a colaborar en el Servicio Matías Pallarés, quien excavó la cueva solutrense de San Julián de Ramis. Se organizó el laboratorio del Servicio instalado en los altos del Palacio de la Generalidad, en locales del Institut, y se comenzó a preparar la instalación de la Sección de Arqueología del Museo de la Ciudadela, a donde se llevó el material obtenido en nuestras excavaciones. Me iniciaba a la vez en la docencia, gracias a haberme encargado los Estudios Universitaris Catalans de una cátedra libre de Arqueología, que se explicaba en los locales del Servicio.

A principios de octubre de 1916 comenzó mi enseñanza en la Universidad. Mi primer alumno fue Luis Pericot, con el que tanto había de colaborar en lo futuro. El curso siguiente lo fueron Alberto del Castillo y José de C. Serra-Ràfols. Con ellos organizamos el Seminario de Prehistoria, modestamente, en un rincón de la Biblioteca de la Facultad, debajo de la gradería de una aula vecina. Los seminarios eran cosa desconocida entonces en nuestras universidades, y en la de Barcelona sólo hablaban de ello y trataban de organizarlos Jaime Serra Hünter — el de Historia de la Filosofía — y Tomás Carreras Artau — quien con José M.^a Batista y Roca fundó el de Etnografía y Folklore de Cataluña. Luego habían de seguir los de Historia de España, de Antonio de la Torre; el de Filología latina, de Joaquín Balcells, y el de Pedagogía, de Joaquín Xirau. Pero en los primeros años la labor de los seminarios se realizaba al margen de las cátedras oficiales y casi clandestinamente.

Organizamos nuestros trabajos con la revisión de los materiales de la Prehistoria española que se habían recogido y sistematizado provisionalmente en *La arqueología pre-romana hispánica* y en la *Prehistoria catalana*. De esta revisión habrían de resultar la tesis doctoral de Pericot sobre la «Civilización megalítica catalana», y la de Castillo — que completó sus estudios en Berlín con Hubert Schmidt — sobre «El vaso campaniforme». Al propio tiempo estudiábamos la relación de la Prehistoria española con la de otros países de Europa, revisando el material del neolítico francés — después de viajes a los museos de Francia míos y de Pericot y Serra-Ràfols, y de éste a Portugal —, cuyo resultado fue el intento de su sistematización, y que se publicó por Serra-Ràfols y por mí en el artículo *Études sur le néolithique et l'énéolithique de France* en la *Revue anthropologique* y en el *Franckreich del Reallexikon*, de Max Ebert.

Yo visité de nuevo los museos andaluces, las cuevas del norte de España con el Conde la Vega del Sella, Obermaier y el P. Carballo, e hice un viaje a Portugal para estudiar los materiales de Lisboa, Figueira da Foz, Oporto y Guimarães, invitándome el Prof. Mendes

Correa a una conferencia en Oporto, después de la cual mantuve una estrecha y amistosa relación con él.

Terminada la guerra mundial pudo formarse la biblioteca del Seminario, adquiriendo numerosos libros, a medida que la Universidad contaba, siempre en medida limitada, con fondos para ello y podíamos disponer de los que en mayor cantidad llegaban a la Biblioteca de Cataluña, cuyo director, Jorge Rubió, atendía amablemente nuestras peticiones. Iniciamos un intercambio de publicaciones con diferentes centros y prehistoriadores extranjeros, enviándoles las nuestras personales que se presentaban como publicaciones del Seminario. Nos visitaron Schulten, Obermaier, Pierre Paris, Lantier, Ettore Pais y otros, dando conferencias en el Seminario, y con Schulten iniciamos la publicación de la serie *Fontes Hispaniae antiquae*, figurando como editores Schulten y yo, y más tarde Pericot. En colaboración con don Telesforo de Aranzadi — que por fin fue profesor de Antropología en la Facultad de Ciencias — y con Carreras Artau y Batista y Roca se fundó la Associació Catalana d'Antropologia, Etnologia i Prehistòria, que tuvo por sede nuestro seminario, y que publicó varios volúmenes de su *Butlletí*, que pudo cambiarse con otras publicaciones extranjeras como «auténtica» publicación nuestra.

La relación con otras universidades y grupos de investigación españoles y extranjeros se trató de mantener constantemente, mediante conferencias y asistencia a congresos, así como con la colaboración en publicaciones de diversos lugares. Di conferencias en Madrid, en Córdoba y en San Sebastián — en la Sociedad de Estudios Vascos, de la que era secretario nuestro colega de Barcelona Ángel de Apraiz —. Cartailhac y Bégouen me invitaron a una conferencia en la Universidad de Toulouse. Ya en 1921, la de Berlín, siendo rector Eduardo Meyer, me invitó a profesar en el semestre de verano un curso sobre Prehistoria española, al que siguieron conferencias en diversas universidades alemanas, especialmente en Erlangen, invitado por Schulten. Se participó en los congresos de Ciencias históricas de Bruselas, en la reunión de Toulouse del Instituto Internacional de Antropología y en el congreso de éste en Amsterdam — de lo que resultó nuestra participación en la Comisión que dictaminó la falsedad de los supuestos hallazgos de Glozel (1927) en el Convegno Archeologico in Sardegna (1926), en el Convegno Archeologico di Rodi (1928), en el Congreso Internacional de Estudios etruscos de Florencia (1928), en el Centenario del Instituto Arqueológico alemán (Berlín, 1928), etc. —.

La labor del Seminario se completó durante algún tiempo con la asistencia de sus alumnos al curso de los *Estudis Universitaris* y con el trabajo en los locales del «Servicio», en donde el material disponible era cada vez mayor, así como en las visitas al Museo.

La Sección Arqueológica de éste era ya importante, con los hallazgos de la exploración de cuevas y sepulcros megalíticos de Cataluña, de la necrópolis de urnas de Tarrasa, de la cultura de los talaiots de Mallorca, estudiada por Colominas, de los poblados de Cataluña y del Bajo Aragón, de la necrópolis ibérica de Oliva en Valencia, sin contar con los resultados de las excavaciones de Ampurias y otras adquisiciones, entre ellas los materiales posthallstáticos de las necrópolis castellanas de Osma y Gormaz y los hallazgos de Cabrera de Mataró y de Puig Castellar, donados por la familia Rubio de la Serna y por don Fernando de Sagarra. Así la Sección Arqueológica, que principiaba a completar maquetas y reproducciones obtenidas por cambio con museos extranjeros, ofrecía una base para una visión bastante completa de la Prehistoria española y aun para sus relaciones con otras de Europa. Aspirábamos a convertirla en un museo especial de Arqueología, lo que había de tardar aún en realizarse.

Pericot y Serra-Ràfols colaboraron en los trabajos del Servicio, el primero, conmigo en la excavación de los sepulcros megalíticos del Ampurdán, y Serra, en diferentes excavaciones, entrando el último luego a formar parte del personal permanente. Con mis compañeros del Seminario, Pericot, Serra-Ràfols y Castillo, colaboramos con numerosos artículos sobre prehistoria española en el *Reallexikon der Vorgeschichte*, de Max Ebert.

Se dio luego a la investigación de la prehistoria peninsular una nueva dirección marcadamente histórica, tratando de reconstituir, a través de la comparación de la arqueología con las noticias de las fuentes antiguas, el proceso de la formación de los pueblos, lo que había de culminar, después de distintos trabajos, en mi *Etnología de la península ibérica* (1932) y en otras publicaciones especiales sobre los orígenes vascos y sobre los movimientos célticos en España, proseguídos más tarde con el intento de una reconstrucción general de los movimientos célticos en Europa. Los resultados de estas nuevas investigaciones habrían de ser expuestos en las *Rhind Lectures*, de Edimburgo, que profesamos en 1936 a invitación de Gordon Childe y Graham Callander, y que fueron la base de la revisión de la *Etnología* que apareció más tarde en México, en 1945, en *El poblamiento y la formación de los pueblos de España*, así como se expusieron también en la *Sir John Rhys Memorial Lecture on Celtic Archaeology*, de la Academia Británica, invitado por su Presidente Sir Frederic Kenyon y que, ampliada, fue publicada por ella en el libro *Two Celtic Waves in Spain* (1942) y los resultados referentes a los orígenes de los movimientos célticos llegados a España, a lo que siguió la reconstrucción general de los de Europa: *Mouvements celtiques. Essai de reconsti-*

tution, que aparecieron de 1950 a 1956 en *Études celtiques* de París, a invitación del Prof. Vendryes.

El núcleo inicial del Seminario siguió en contacto estrecho — que se mantenía también con el «Servicio» — aun después que se vio disperso por haber pasado Pericot a Santiago como catedrático, siguiendo luego a Valencia y ocupando entonces Castillo la cátedra de Santiago. Ambos se relacionaron activamente con los investigadores gallegos que, entonces, se agrupaban en la Sociedad de Estudios Galegos.

Cuando Pericot se trasladó a la Universidad de Valencia fue uno de los elementos más activos del Servicio de Investigación Prehistórica de aquella Diputación, fundado por don Isidro Ballester, que excavó la célebre cueva del Parpalló, el poblado de Liria, que produjo una extraordinaria serie de vasos ibéricos, y el de La Bastida de Mogente, con sus plomos con inscripciones ibéricas. Pericot, en su docencia de Valencia, creó una verdadera escuela de prehistoriadores distinguidos.

En Barcelona, después de los primeros años del funcionamiento del Seminario, la llegada a Barcelona de Antonio de la Torre, colocada su cátedra de Historia de España en el primer curso de la Facultad, y sus condiciones de maestro hizo derivar a la Historia medieval a los alumnos más brillantes. La relación de nuestro grupo con La Torre influyó en que la Prehistoria fuese tomada en consideración como uno de los elementos esenciales de la historia posterior, y en esa etapa pasó por el Seminario de Prehistoria Jaime Vicens, quien, aunque su campo de investigación no fue el nuestro, mantuvo vivo su interés por la arqueología. En los últimos años de mi docencia en Barcelona, se formaron en el Seminario Juan Maluquer y Mercedes Muntañola y, en parte, también Julio Martínez Santa Olalla, inicialmente discípulo de Obermaier y Francisco Esteve.

Con Obermaier, ya poco después de la guerra de 1914-18, tratamos de revivir el Congreso Internacional de Antropología y Arqueología prehistóricas que en el de Ginebra en 1912 se había decidido celebrar en Madrid. Se llegó a formar un comité organizador presidido por el Duque de Alba, pero no fue posible realizar nuestro intento, a pesar de las gestiones que emprendimos. El ambiente internacional no parecía propicio todavía para la restauración de los antiguos congresos y, durante algún tiempo en cierto modo quería sustituirlos el Instituto Internacional de Antropología, fundado entonces en París; pero para muchos prehistoriadores los congresos del Instituto no resultaban satisfactorios por encontrarse en ellos minimizada la Prehistoria y a consecuencia del ambiente de la postguerra, haberse excluido de ellos los investigadores de Alemania y de Austria. Se sentía la necesidad de crear un Congreso especial para la Prehistoria que fuese verdaderamente internacional, y esta idea tomó cuerpo precisamente en

el congreso que el Instituto de París, celebró en Amsterdam en 1927 — el primero al que asistió una representación alemana — en conversaciones nuestras con los prehistoriadores ingleses, con Bégouen y con Bersu.

Entre tanto, ya restablecida la normalidad de las relaciones internacionales, se logró reanudar los Congresos internacionales de Arqueología clásica, cuya última reunión había tenido lugar en Roma antes de la guerra. Durante el «Convegno» de Rodas, el conde Pellati nos sugirió que España lo tomase a su cargo. La ocasión se presentó con motivo de la Exposición Internacional de Barcelona de 1929, en la que se organizó la sección «El arte en España» con una parte importante dedicada a la Prehistoria y a la Arqueología clásica españolas, lográndose reunir en aquélla los principales materiales de museos y colecciones particulares, entre ellas la de Siret. Entre los congresos que entonces se celebraron en Barcelona tuvo lugar el de Arqueología, que fue organizado por nuestro Seminario, publicándose en esta ocasión guías de los museos de Madrid y Barcelona, de Altamira, Mallorca, el Bajo Aragón, Azaila, Ampurias, Tarragona, Sagunto, etc., debidas a Obermaier, Álvarez Ossorio, Bosch, Colominas, Cabré, Castillo, Navascués, González Simancas y Ferrándiz (la dedicada a la numismática antigua). El Congreso se celebró en la Universidad, presidido por Mérida, con gran asistencia internacional. Como consecuencia de concurrir a él la mayor parte de los investigadores españoles, se pensó también en la conveniencia de celebrar periódicamente reuniones de ellos, lo que ha sido realizado más tarde.

Asímismo se trató de cómo dar mayor eficacia a la organización de las excavaciones arqueológicas, que contaba con organismos eficaces como eran el «Servicio» de Barcelona, el de Valencia, las excavaciones promovidas por las Diputaciones vascas, encomendadas a Aranzadi y a Barandiarán; el Servicio Arqueológico del Ayuntamiento de Madrid, con Pérez de Barradas especialmente; el núcleo de investigadores gallegos; pero a pesar de la actividad de la Junta Superior de Excavaciones y Antigüedades, que realizó una meritisima labor en muchos lugares de España, gracias a su animador D. Francisco Álvarez Ossorio, en muchas regiones la falta de una organización local no permitía un trabajo verdaderamente sistemático en toda España. Como resultado de nuestra experiencia de Barcelona en el Seminario y en el Servicio y de los viajes al extranjero propugnamos una organización semejante a las «Soprintendeze» italianas, en unos artículos de la revista *Investigación y Progreso*, de Obermaier, quien sentía la misma necesidad. A realizar algo de este orden había de llegarse más tarde.

El Congreso de Arqueología se reunió nuevamente en Argel, en el año 1930. Logróse llevar a él una representación española con Ober-

maier, Bosch, Taracena, Mergelina y Serra-Ràfols, asistiendo también Puig y Cadafalch. Siendo el Congreso predominantemente de Arqueología clásica se volvió a suscitar la necesidad de crear el especial de Prehistoria, tratándose de ello con Wiegand y Unverzagt. Poco después nos reunimos en el Museo de Saint Germain, con Obermaier, Lantier, Bersu y Unverzagt y nos constituimos en comité organizador — el que se llamó «Comité de los 5» —, el cual se puso en relación con Sir John Myres, en Inglaterra, y con Breuil y Vaufray — que en Francia se hallaba en relación con el Instituto Internacional de Antropología, el cual trataba de revivir por su parte los antiguos congresos como apéndice a los suyos propios, lo que no parecía satisfactorio —, así como con prehistoriadores de diversos países. De Barcelona partió la convocatoria para la reunión de Berna de 1931, que presidimos y que creó definitivamente el Congreso Internacional de Ciencias Prehistóricas y Protohistóricas, el cual se reunió por primera vez en 1932 en Londres. Allí se dieron a conocer, con una comunicación de Pericot, los sensacionales hallazgos del Parpalló.

La reorganización de la Facultad de Filosofía y Letras en 1932 y luego de la Universidad autónoma permitió incorporar a su cuerpo docente a Pericot y a Castillo. Pericot luego había de continuar brillantemente nuestra tradición, lo mismo que sus discípulos de Valencia y de Barcelona, así como Maluquer, años más tarde, al obtener la cátedra de Arqueología de Salamanca.

El año 1932, después de complicadas peripecias, se logró por fin la creación del Museo de Arqueología de Barcelona, para el que se obtuvo el edificio que ocupa en el Parque de Montjuich, y que tuvo como personal técnico a Bosch (director) y a Colominas, Castillo y Serra-Ràfols, así como a Mercedes Muntañola como bibliotecaria. A él pasaron las excavaciones de Ampurias, que se reanudaron de 1932 a 1936 — y se reunieron el Museo, el «Servicio» y el Seminario de la Universidad —, dándose allí sus enseñanzas. Al nuevo Museo le fueron cedidos los materiales del antiguo de Santa Àgueda, de la plaza del Rey. Fue posible entonces organizar un museo de tipo moderno que, al abrirse al público, contaba con las instalaciones terminadas de la cultura balear, de Ampurias y de la arqueología romana, que pudo estar dignamente representada con los materiales que se pusieron en valor del antiguo Museo provincial de Santa Àgueda, con los de una «villa» recientemente excavada por Serra en Badalona, y otros. Se proseguían las obras de habilitación del local para otras salas dedicadas al paleolítico y neolítico, a las pinturas rupestres, a la cultura céltica y a la ibérica. Se instalaron los talleres de conservación y reconstrucción, trabajando en ellos el personal del «Servicio» que había ejecutado numerosas maquetas, entre ellas las de Ampurias,

de monumentos de Mallorca, de los poblados ibéricos de Calaceite y, para la Exposición, una reproducción en relieve del techo pintado de Altamira y de un sepulcro de Los Millares. En la biblioteca se reunieron los libros de arqueología del antiguo museo y los del Seminario de la Universidad.

Se había realizado nuestro antiguo ideal de mantener en estrecha colaboración la enseñanza con la investigación en el campo y con la exhibición de los materiales en el Museo, que, visitado por numeroso público y por los alumnos de las escuelas, se convertiría en un activo agente de cultura arqueológica. El Museo debía colaborar también con los demás de Cataluña, y se planeó una coordinación de ellos con el de Barcelona, así como el Servicio — que se había integrado en la entidad oficial de protección del Patrimonio artístico y arqueológico de Cataluña — estableció delegaciones comarcales en vista a realizar una labor sistemática.